Pablo Jacinto Loyson.

# El Evangelio de Sangre.

Traducción de
MIGUEL A. RÓDENAS
y MANUEL ABRIL

Prólogo de
FRANCISCO ACEBAL

Madrid MXMIII

A mi afmo Juan Martinez Guerra, sup.

4464

Manuel Abril

17-2-911.

# EL EVANGELIO DE SANGRE

Pablo Jacinto Loyson

# El Evangelio de Sangre

Traducción de MIGUEL A. RÓDENAS y MANUEL ABRIL. Prólogo de FRANCISCO ACEBAL

*MADRID, 1903. Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo*

# PRÓLOGO DE FRANCISCO ACEBAL

# PRÓLOGO

La impresión más horrenda de la guerra yo la experimenté visitando una fábrica de artefactos de guerra. Y, sin embargo, aquello era tranquilo, *pacífico* y sereno. Era una fábrica como cualquier fábrica: el mismo estrépito, las mismas negruras, los mismos hedores, las mismas lumbradas. De allí salían, después de muchas maniobras y manipuleos, las piezas bellas y relumbrantes, como salen las de todas las industrias, y de los moldes ó de los

674545

troqueles se enfilan en ringleras largas, donde un mismo objeto se repite veces y veces con tediosa monotonía. Y después estos objetos que relucen flamantes, recién bruñidos, son trasegados á vagones y los vagones los reparten, los dispersan y los aventan, los llevan hasta los últimos confines del mundo. Contentándose con mirar la costra de las cosas, lo que en aquella fábrica se veía era una nueva edición del moderno poema de la industria, del trabajo humano. Todo aquello parecía puesto bajo la protección de Mercurio más que de Marte. Los obreros realizaban su faena con la serenidad y el compás del trabajo inofensivo; los jefes de taller me explicaban, con gravedad pachorruda, las labores, y el director de la manufactura me conducía de sección en sección, con cara bondadosa y ri-

sueña, satisfecho, regodeándose en su obra. Todo era plácido, medido y acompasado; pero á mí, desde que traspuse el umbral, toda aquella placidez, medida y mesura me estremecía y me espeluznaba. Cañones grandes, con las paredes recias y el alma en espiral estrecha y retorcida, ó cañones diminutos, bellos, traidorzuelos, laborados con primor y con lindeza, ó proyectiles de formas elegantes, tramposos y arteros. No, no me engañaban las bellas formas, las dulces sonrisas, el compás, la medida, la mesura. Aquélla no era una industria de vida, sino de muerte; el *artículo* que vomitaban aquellas maquinarias eran instrumentos de exterminio que ponían en mi ánimo pavor y miedo.

Yo no vi nunca aquellos artefactos en actividad, jamás los vi vomitando fuego, cumpliendo su mor-

tífera misión; yo, el ser menos guerrero, el que no siente en su sangre esos bélicos impulsos que arrebatan y enardecen, yo creo que en el fragor de una batalla, cuando los cañones de paredes recias se recalientan, también las almas de los hombres se recalientan y la violencia cegadora quitará de delante lo hórrido, lo cruento, lo inhumano. Nubes de humo celarán lo sangriento y carnicero á los ojos de la cara; nubes de obcecación celarán la vileza y la crueldad á los ojos del alma. Sobre el campo de batalla sacudirán á los hombres pasiones aciclonadas, pujantes y arrebatadoras; le impulsarán fuerzas ignoradas; pero el horror, el espanto, los movimientos humanos no serán sentidos en aquellos momentos. Entonces hasta el cañón tendrá arrogancia, poder y belleza.

Yo veía en frío los aparatos de la guerra; veía en paz el *instrumental* horrendo sin ofuscaciones que me cegaran. La misma mansedumbre de aquellas filas de cañones me dejaba ver claro, patente, el cruento fin que los trajo al mundo. Al visitar una casa de fieras vemos al tigre mansote ó la puma acorralada en forzosa inofensión tras los barrotes de hierro, y aun así, sentimos un instante el estremecimiento, el escalofrío, y sin haberla visitado nunca nos viene á la mente visión de llanura africana. Las armas que yo vi limpias, vírgenes, recién forjadas, evocaron escenas de sangre y de horror tan crueles como nunca en los pacíficos días de mi vida las había presentido. No atronaban el espacio con sus retumbos: hablaban quedo, pero hablaban claro.

Desde aquella visita tengo formado un concepto de la guerra que no varía, pero perfecciona mucho el que hasta entonces tuve. Por eso salí de allí con pesadumbre y con el arrepentimiento de haber entrado. Hasta los honrados obreros que iban dando forma entre sus manos á aquellos instrumentos me inspiraron invencible aversión, confundiéndolo todo, personas y cosas, en una misma inconsciente antipatía.

Pero al salir de la fábrica á campo raso, la inconstancia de las cosas humanas trastornó de golpe el curso de mis ideas. En los prados verdes, al frescor de unos árboles viejos y copudos que sombrean el camino, esperaban unas mujeres á sus maridos, á sus padres, á sus hermanos, con la cesta de la comida. Era la hora del mediodía. Eran pobres mu-

jeres que aguardaban pacientes para yantar sobre la frescura de la yerba y bajo la umbría del árbol. Yantarían con los suyos, con la alegría y con la paz en el alma. Pasé lento; las fuí viendo una por una. Eran jóvenes casi todas; algunas eran viejas; vi tres ó cuatro adolescentes. Todas tenían la cesta á su vera. Algunas, además de la cesta, tenían á su vera pequeñuelos regordetes, rebajuelos, montoncitos de carne blanca, blanda, rosada. Pero es el caso, señor, que yo, al ver á estas mujeres que apretaban contra el seno á los mamoncillos tiernos, de carnes blancas, blandas y rosadas, pensaba en los cañones grandes, recios, de alma estrecha y retorcida. Algunas madres besuqueaban las cabezas redondas de los rorros. Una mujer tenía á su alrededor pollada de cuatro chicuelos; los cuatro eran ro-

llizos y eran rubios. En el instante que los vi dejé de pensar en los cañones y me di á pensar en los proyectiles primorosos, elegantes y arteros. La madre no debía pensar en estas cosas; la madre, al pasar yo, acariciaba una de aquellas cabezotas rubias, acariciábala con caricia maternal, con mimo gatuno...

Aceleré el paso, pasé de prisa. Comencé después á relacionar las dos escenas dignas de decorar las dos portecillas de un tríptico: los maridos, los padres, los hermanos que forjan proyectiles y funden cañones; las esposas, las hijas, las hermanas que aguardan serenas, confiadas, tranquilas á los forjajores con la cesta á su lado. Todas tenían la cesta á su lado. La cesta era el nexo de las dos escenas.

Aquella visita es el recuerdo más intenso que yo,

pacífico ciudadano, tengo de la guerra. Bastarían aquellas escenas para escribir un libro entero sobre la guerra. Los padres que con sus manos forjan los cañones; las madres que con sus manos acarician la carne de cañón. Al frente de un libro que habla de la guerra estampo mi recuerdo, porque estampo con él todo el odio que me inspira la guerra.

# CARTA DEL AUTOR A SUS AMIGOS ANGLO-SAJONES

El siglo que termina es el siglo de la ilusión. La ilusión del progreso moral en la libertad política. Su palacio fabuloso se ha derrumbado en el fango y la sangre, atestiguándolo el *affaire* Dreyfus por una parte y vuestras guerras de Filipinas y el Transvaal por otra. Simultáneos fracasos de las dos democracias del mundo: la anglo-sajona y la francesa. Para algunos de vosotros, ofrece el siglo entrante la pertinaz ofrenda de la antigua quimera. La cifra de este siglo, más rotunda y precisa, parece preestablecida

para señalar prósperos acontecimientos. El asunto de que se trata no es nuevo; pero, á mi entender, hasta ahora no había tomado incremento tan desesperada y tan conscientemente. ¿Exigirá la moral privada, á uno y otro lado de las fronteras nacionales, sus reivindicaciones á la política? Un pacto de buena voluntad recíproca ¿suplantará por fin á la legendaria fatalidad de la fuerza? Y—supremo fin de la vida—¿coronará el ideal á la realidad? ¿Surgirá el espíritu del caos? En resumen, ¿tiene el mundo un destino espiritual, ó nosotros los poetas pacíficos de todas las épocas no hemos sido más que despreciables ilusos? Es muy posible. Las personas indiferentes no lo dudan. Pero es la ilusión tan elevada, que llega á ser realizable y por tanto digna de mayor consideración. Yo al menos veo en la historia que numerosas ilusiones semejantes vencieron y reinan en la tierra. Las determinaciones de la edad madura remedian la gravedad de los yerros de la infancia; la humanidad llega al momento oportuno de esas grandes determinaciones, pues se encuentra en la mitad de su vida.

Á medida que el telón del siglo XX se levanta, gotas de sangre le marcan una franja siniestra y caen sobre la escena. ¡Vosotros sois responsables de esa sangre! Sin embargo, en vosotros, liberales de todos los países, confiamos con nuestra inveterada esperanza. Si faltáis, ¿quién nos ayudará? La Francia oficial y la mayoría ofuscada del país se han desprestigiado en su intento Las demás naciones de Europa se inclinan bajo el autoritarismo. Si no existiera la sana Suiza, no habría en el mundo un solo país de instituciones liberales ó que éstas no fueran desmentidas por su conducta. Debéis corregiros. Quedan excelentes caracteres entre vosotros. El siglo pasado fué el de Francia, éste es el vuestro: el apogeo material no existe ni perdura sin una gloria espiritual. Por otra parte, sois los más aptos para esa regeneración. Hablo con conocimiento de causa por haberme educado entre vosotros. Vuestros juegos físicos son nobles y viriles. Vuestros cultos religiosos, puros y progresivos. Vuestra economía moral, basada en la consideración al individuo, está ga-

rantizada por el respeto á la mujer. Yo sé que algunos preparáis una raza absoluta que realice moral y quizás físicamente el tipo humano profetizado por el gran friso del Parthenon. ¡Pero mirad los peligros! La gigantesca empresa étnico-política de América no ha terminado la fase de evolución preparatoria para formar la grandiosa solidez de una sociedad directora de sus fuerzas, y ya la víbora del oro y del placer se arrolla á su frente y la descarna. La maravillosa, la positiva Inglaterra, segunda y mejor Roma de la historia, inducida á la brutalidad por el mismo exceso de su poderío, va á dar el golpe inútil que repercutirá en ella misma. De manera que, en el momento en que escribo, las dos únicas guerras que sostienen nuestro interés, agresivas las dos y las dos reprobadas por la conciencia unánime de la tierra, son hechos, por una significativa concordancia, de estos dos pueblos.

¿No hay entre vosotros quien haga estas fatídicas reflexiones? Y caso afirmativo, ¿alguno de vuestros literatos noveles les dará alguna forma objetiva? Mientras tanto he

pensado que esta admiración que os profeso me autorizaba para señalaros el peligro. Hija de mi cariño es tan ruda franqueza.

Estas páginas son un tributo espontáneo de mi corazón. Las envío á aquellos de vosotros que, á semejanza de algunos pastores de Inglaterra, rehusan invocar para su pueblo, en favor de una causa injusta, la bendición del espíritu. Y he aquí que las lanzo al viento, el cual se encargará de extenderlas, como he lanzado otras semejantes en favor de una gran causa pendiente, aunque de menos importancia.

Más completa apología hubiera deseado. Pero la indignación me impide alabar una iniquidad para la cual busca en vano una justificación la conciencia de los hombres.

# ACTO VNICO

## PERSONAS

*Juana.*

*Almirante.*

*Melville.*

*Higgins.*

*Grumete.*

Representa la escena el camarote del almirante de un acorazado potentísimo. Á la izquierda un tragaluz circular que permanecerá cerrado mientras no se indique lo contrario. En el centro una mesa con cartas, papeles, periódicos, etc., y á su lado otra auxiliar con un mapa extendido. Á la derecha la puerta que comunica con el resto del acorazado. Por las paredes banderas, armas, trofeos de guerra y todo cuanto pueda contribuir á dar la sensación del sitio en que van á encontrarse los personajes de la obra y en el que se ha de desarrollar su acción.

ALMIRANTE, *solo y sentado á la mesa.* Después de todo, tengo derecho á pensar en ella, á dedicarle un minuto; al cabo soy hombre... No, la veo mejor sin el retrato... Allá, entre mis recuerdos... *(Llaman.)* Adelante.

MELVILLE

Estos despachos acaban de llegar. *(Se los entrega al Almirante.)*

ALMIRANTE *(leyéndolos con interés).*

Está bien. *(Coge de su derecha un sobre amarillo que ha sellado anteriormente.)* Hace falta entregarlo inmediatamente al general Burnett. Ayer acampaba á dos kilómetros al Sur de Magor, oculto por la cuenca de Ips. Este despacho deberá llegar á su destino dentro de una hora. Nuestra estación telegráfica del litoral ¿sigue sin novedad?

MELVILLE

Sí, Almirante.

ALMIRANTE

Puede usted retirarse. ¡Ah! Espere. Mande este despacho para las ambulancias. *(Le da un sobre blanco, gritándole después de haber salido.)* Vuelva con la contestación! Capitán Vernon, seguimos nuestro plan punto por punto; acabo de telegrafiar á Burnett *(Pausa.)* No, mejor es que se quede ahí arriba. Iré á reunirme con usted dentro de una hora. *(Llaman.)* ¡Adelante! *(Entra Melville.)* ¿Está ya?

MELVILLE

Sí, Almirante; el barco se dirigirá hacia alta mar por exceso de precaución, pero el general Burnett tendrá á las cinco el despacho en su poder. *(Ligera pausa.)*

ALMIRANTE

Ya sabrá usted que bombardeamos hoy por la mañana, Melville.

MELVILLE

No lo sabía de cierto.

ALMIRANTE

Supongo que estarán reparadas todas las averías.

MELVILLE

Ya hace un rato.

ALMIRANTE

¿Qué hora tiene usted?

MELVILLE

Las cuatro menos diez.

ALMIRANTE

*(Consultando el cronómetro.)* Está bien. En cuanto amanezca se podrá apuntar con precisión. ¿No es esto?

MELVILLE

Sí, Almirante.

ALMIRANTE (*abstraído*).

... Se podrá apuntar con precisión. (*Á Melville.*) Avíseme, yo mismo daré la voz de fuego á la escuadra. ¿Á qué hora será de día? ¿Tomó usted nota ayer?

MELVILLE

Á las cinco y cuarto, Almirante.

ALMIRANTE

Muy bien. Que Werdin trasmita la orden á la chalupa. Nada de señales. Yo le llamaré. Todas las luces menos esta lámpara deben quedar apagadas. Werdin vendrá, le traerá al momento la contestación. Puede usted retirarse. (*Melville sale y vuelve.*)

MELVILLE

Higgins, que está aquí, me pregunta si puede entrar...

ALMIRANTE

(*Se levanta para consultar el mapa.*) Que pase.

HIGGINS

Dormí un buen rato, y al despertar, me encuentro sorprendido sin saber lo que pasa.

ALMIRANTE

¿Y eso?

HIGGINS

Todo el mundo corre silenciosamente por el puente; no se puede hablar con nadie, ni escribir, en mi camarote ni luz hay...

ALMIRANTE (*interrumpiéndole*).

Es una precaución; todas las luces de la escuadra están apagadas.

HIGGINS

Pues sigo sin comprender.

ALMIRANTE

Como que estás dormido todavía. Nos hallamos á tres millas de Magor.

HIGGINS

¿Es posible?

ALMIRANTE

(*Disponiéndose á abrir el tragaluz.*) Espera, verás; apaga primero esa luz.

HIGGINS (*apagando*).

¡Cuánta prudencia!...

ALMIRANTE

(*En el tragaluz que ha abierto.*) Mira, ya van distinguiéndose sus luces.

HIGGINS

(*Mirando.*) ¿En dónde?

ALMIRANTE

Hacia la derecha.

HIGGINS

Chico, no veo nada.

ALMIRANTE

Sí, hombre, mira bien.

HIGGINS

Pues es verdad. (*Una luz se filtra por debajo de la puerta.*) ¡Mira una luz!

ALMIRANTE

(*Lanzándose hacia la puerta*). ¡Por vida de!... Debe ser el grumetillo, al que había encargado de la vigilancia. (*Sale y vuelve á entrar con un grumete, muy asustado cogido por la oreja.*) Si sabías la consigna, ¿por qué has encendido esa luz?

GRUMETE

Perdón, Almirante, no m'acordaba. (*Apaga una lámpara que trae en la mano.*)

ALMIRANTE

(*Encendiendo la luz del camarote después de cerrar el tragaluz.*) Has debido aguardar á que fuera de día para hacer tu servicio en las vergas.

GRUMETE

No m'acordaba, no m'acordaba.

ALMIRANTE

(*Mirándole con atención.*) Estás pálido, ¿tienes algo?

GRUMETE

(*Con entusiasmo contenido.*) ¡Sí, Almirante!

ALMIRANTE

¿Qué?

GRUMETE

(*Con fervor.*) Que vamos á pelear.

ALMIRANTE

¿Y hay miedo?

GRUMETE

¡Oh, no, Almirante!

ALMIRANTE

¿De qué provincia eres?

GRUMETE

Del Highland, Almirante.

ALMIRANTE

Á ver si te portas como un hombre. Venga esa mano.

GRUMETE

*(Dudando respetuosamente y decidiéndose al fin, le da la mano.)*

ALMIRANTE

Y si á ti ó á cualquier otro se os olvida otra vez, tres días de calabozo. *(El grumete se va. A Higgins).* Éstos pierden la cabeza. ¿Te has fijado en su manera de mirar?

HIGGINS

Estoy atónito; por lo visto nos vamos á batir.

ALMIRANTE

El Gobierno me deja en completa libertad. Ya verás. ¡Ah! Toma; esta carta han traído para ti.

HIGGINS

Es del periódico; la leeré en seguida. *(Desdoblándola.)* ¿Dónde está el despacho del Gobierno?

ALMIRANTE

Míralo.

HIGGINS

*(Leyendo.)* «Confiamos en vuestro talento é iniciativa para la elección del plan de ataque; pero queremos acción inmediata.» *(Pausa).* Bueno, ¿y qué has decidido?

ALMIRANTE

Verás. Es difícil que nos descubran desde la costa antes de la aurora; la noche está oscura y no tienen reflectores

eléctricos; así que al rayar del alba, amparado por las leyes de la guerra, les sorprendo con un bombardeo...

HIGGINS

¡Bravo!

ALMIRANTE

Y Burnett, aprovechando el desorden que se producirá, ataca á la ciudad por el Sur.

HIGGINS

¡Magnífica jugada! ¡Bravísimo! Pero las tropas de Burnett son escasas, según creo.

ALMIRANTE

Tanto mejor: economía de material.

HIGGINS

¡Ah! Pocos, pero escogidos... Te acreditas de maestro en un minuto. Gracias por haberme admitido á bordo, veterano. Algún día te lo pagaré, y gracias en nombre de los 2.500.000 lectores del periódico.

ALMIRANTE

Entendiendo por lectores los que lo leen.

HIGGINS

Efectivos; tiramos tres ediciones durante la guerra: en Inglaterra, en los Estados Unidos y en el continente; conque echa la cuenta. Pero dí, ¿no temes sus torpederos?

ALMIRANTE

¡Unas pobres urcas viejísimas y que están á 50 millas de aquí con su flota!

HIGGINS

Entonces no hay peligro para nosotros.

ALMIRANTE

Sí; estamos en el radio de tiro del Fort-Blanc y temo un tanto sus magníficas baterías. *(Llaman.)* Adelante.

MELVILLE

*(Entrando apresuradamente.)* He visto una embarcación por la parte de la costa, que se dirige hacia aquí.

ALMIRANTE

¿Es barco de pesca ó de combate?

MELVILLE

No sé; hubiera sido preciso emplear el reflector para averiguarlo, pero como tenía órdenes terminantes... no me decidí. *(Asomándose al tragaluz).* Pero ahora que no está más que á dos cables de aquí lo distingo claramente; es una canoa de vapor en la que ondea el pabellón blanco. ¿Se la deja aproximar?

HIGGINS

¡Duro con ella! Es lo mejor.

ALMIRANTE

¿Está usted seguro del pabellón, Melville?

MELVILLE

Seguro.

HIGGINS

Apresadla por lo menos, así hablaréis más cómodamente

ALMIRANTE

Si trae pabellón blanco es preciso que aborde... *(Á Melville)* que la dejen acercar y téngame usted al corriente. *(Sale Melville.)*

HIGGINS

¿Vas á pactar con ellos?

ALMIRANTE

¡En la vida! Acojo su emisario, si lo es, pero rechazaré toda tentativa.

HIGGINS

¿Quién podrá ser, si no? ¡Tan temprano! No tengo que reprocharte más que una cosa, y es que no castigas bastante al enemigo.

ALMIRANTE

La guerra engendra el respeto al adversario; además de que en este caso las leyes les amparan.

HIGGINS

*(Con desprecio.)* ¡Qué derechos ni qué leyes! En la guerra no debe haber contemplaciones. ¿Vas á tratar con cortesía á quien dentro de media hora destrozarás?

ALMIRANTE

Es preciso humanizar las luchas.

HIGGINS

¡Bromas! Mal se aviene una cosa con la otra. ¡Buena gente para andar con miramientos! ¡Retrógrados! ¡Salvajes! No hacen ellos ni dejan hacer á los demás. ¡Cerremos los mercados!... Si á tiempo nos hubieran dado satisfacciones por la bandera del consulado que se encontró desgarrada una mañana, se habrían evitado esta guerra... y aun ahora mismo, si aceptaran nuestro protectorado, les dejaríamos tranquilos.

ALMIRANTE

En fin...

HIGGINS

Después arrojaremos nuestra plata por los boquetes que las granadas abran en sus muros y tendrán que agradecernos todavía el que les hayamos vencido.

ALMIRANTE

Tengo, sobre todo, curiosidad por saber si es casual el encuentro con ese barco, ó si se ha preparado de antemano.

HIGGINS

*(Desdoblando la carta que le dió el Almirante.)* ¿Qué tendrá que comunicarme el periódico?... *(Lee la carta.)*

ALMIRANTE

*(En el portavoz.)* Melville me notifica que un vapor quiere parlamentar... Sí... es un contratiempo... en fin... Se trata de engañar al enemigo en el caso de que seamos descubiertos desde la costa... ¿Cuál es en este momento el último crucero del ala derecha?... Bien... Ordenad que digan al *Gladstonne* que leve anclas y simule una manio-

bra hacia alta mar... No... En... (*consultando el cronómetro*) en veinticinco minutos. Se reunirá á la línea de combate en cuanto rompan fuego... Esto es... En cuanto al *Lincoln*, que leve anclas en el mismo momento. Y que War continúe su exploración. Que siga el plan. *(Deja el aparato y se dirige á Higgins.)* Espero que no habrá malas noticias.

HIGGINS

No, no... Á propósito. ¿Has tenido tú noticias recientes de tu mujer?

ALMIRANTE

Hace diez días. Está con la ambulancia de Burnett, que hace todo lo posible por protegerla. Por ese lado estoy tranquilo.

HIGGINS

¡Qué costumbres tan lindas tienen hoy día las mujeres! Seguir á los ejércitos, dirigir la Cruz Roja y hasta curar á los heridos. Hay trescientas. Es abrumador.

ALMIRANTE

La guerra se humaniza. Nosotros proporcionaremos dentro de ocho días una ambulancia al enemigo.

HIGGINS

¿Á santo de qué?

ALMIRANTE

La caridad no tiene patria.

HIGGINS

Expiarás esa frase. Si quieres la guerra, que sea rápida, hasta brutal.

ALMIRANTE

Basta con que sea cruel. Lo probaré hoy por la mañana. Pero comprendo que es inicuo. Yo mismo, que estoy aclimatado á la guerra, me estremezco cuando doy la voz de *fuego*.

HIGGINS

Parece que la proximidad de esas mujeres te trastorna; extravagante tolerancia.

ALMIRANTE

¡Qué poco me conoces! Son ellas las que se extrañan de su misión. Mira, en la última carta que recibí de mi mujer antes de reunirse con Burnett, se mostraba horrorizada de la guerra. ¿Qué te pasa?

HIGGINS

Nada, nada... Tu miedo proviene, sin duda, de pensar que estás expuesto... ¡Como apenas hace un año que os casásteis!

ALMIRANTE

La declaración de guerra fué tan imprevista, que no tuve tiempo de decirle adiós; es más, te contaré una cosa graciosa... Pero ¿qué te pasa?

HIGGINS

Nada, hombre, te aseguro que nada... ¿Una cosa divertida decías?

ALMIRANTE

Cuando nos conocimos en la montaña hace dos años y resolvimos casarnos, no le alegró la idea de unirse á un marino, contraalmirante entonces; se horrorizaba con sólo pensar que yo pudiera tomar parte en una guerra.

HIGGINS

*(Después de vacilar unos instantes.)* En fin, prefiero advertírtelo cuanto antes; casualmente he recibido noticias de tu mujer por Jhonsson, mi secretario de redacción agregado al ejército, en la corte.

ALMIRANTE

¿Está enferma? (*Con impaciencia.)* ¿Qué sucede? ¡Habla pronto!

HIGGINS

No, Jorge, no, enferma no; está loca... ó al menos una cosa parecida.

ALMIRANTE

Dame ese papel. *(Lee.)* «Juana Mansfield, alistada actualmente en las ambulancias del general Burnett, ha sido des-

tacada para Magor con una ambulancia puesta al servicio del enemigo. Allí debe de haber perdido su sentimiento patriótico, pues telegrafía diariamente á esa vergonzosa oposición que ha nacido en nuestro país, informaciones escandalosas.»

HIGGINS

¡Pobre viejo!

ALMIRANTE

¡Bah! Esto es una pura calumnia, y espero que tu periódico no se hará eco de ella.

HIGGINS

Sigue, sigue.

ALMIRANTE

*(Leyendo.)* «Por último, se asegura que acaba de aceptar la presidencia de honor de una asamblea de protesta compuesta de más de dos mil mujeres.»

HIGGINS

*(Quitándole el papel.)* Con esto basta.

ALMIRANTE

Te suplico que no supongas á mi mujer mezclada en semejantes manejos. Si hubiese desaparecido, ya me habría avisado Burnett.

HIGGINS

¿Dudas todavía? Burnett tiene bastante con sitiar al enemigo; pero Jhonsson es uno de los periodistas más sagaces.

ALMIRANTE

¡Calla! Conozco á mi mujer y sé que es incapaz de semejante cosa.

HIGGINS

También yo la conozco y conozco su espíritu quimérico, perdona, idealista, y su carácter impetuoso, fantástico. Recuerdo cuando pidió y obtuvo el perdón para aquellos condenados.

ALMIRANTE

Juana es ferviente religiosa como sus antepasados los puritanos. Por lo demás, esa asamblea, esa presidencia son mezquindades forjadas por envidiosos. No los temo.

HIGGINS

No comprendo que la disculpes, cuando no puedes disimular la impresión que te ha causado la noticia.

ALMIRANTE

Digan lo que quieran, mientras los hechos no me convenzan de lo contrario, seguiré sin dar crédito á ese rumor.

HIGGINS

No olvides que, cuando soltera, tenía como encanto singular el no ser aún demasiado exaltada, pero sí algo altiva. Ascendiente extraño que desgraciadamente te sedujo.

ALMIRANTE

En resumen: que me estás mareando y sobre todo haciéndome perder el tiempo. (*Llaman.*) ¡Adelante!

MELVILLE

La embarcación está al habla. El parlamentario es, por lo que de su voz he oído, una mujer. Habla en inglés, en correcto inglés.

ALMIRANTE

¡Ah! ¡Vamos!

HIGGINS

¡Anda, anda!

ALMIRANTE

(*Á Melville.*) ¿Y qué dice?

MELVILLE

Que es portadora de proposiciones importantes.

ALMIRANTE

Dejadla que aborde.

MELVILLE

Es que impone condiciones.

ALMIRANTE

¿Cuáles?

MELVILLE

Por lo pronto el respeto íntegro de sus derechos de parlamentario.

ALMIRANTE

Es natural... Por lo visto, no está acostumbrada á estas cosas... ¿Y qué más?

MELVILLE

Vuestra palabra personal de que se irá como ha venido y cuando quiera, si desechais sus proposiciones.

ALMIRANTE

Eso está incluído en la condición primera. Aceptado. Que aborde.

MELVILLE

Respecto á su palabra de honor ¿qué debo responder?

ALMIRANTE

Nada, no es necesario.

MELVILLE

¿Pero si la exigiere?

ALMIRANTE

Le dice usted que comprometo mi palabra personal. (*Sale Melville.*) ¡Qué aventura! ¿Quién podrá ser esa mu-

jer? Una prófuga ó una indígena conocedora de nuestro idioma. ¿Qué opinas?

HIGGINS

Almirante Mansfield, el país confía en vos.

ALMIRANTE

Si su suerte no depende más que del cumplimiento de mi deber, está seguro. *(Llaman.)* Sí, adelante. *(Entra Melville escoltando á una encubierta.)*

MELVILLE

Aquí está esta señora, Almirante.

ALMIRANTE

Quienquiera que usted sea, señora, sepa que se la acoge en este navío por caridad más que por deber. Hable, pero antes de nada descúbrase. Señora, sin preámbulos, pues el tiempo apremia; hable usted.

LA ENCUBIERTA

No hablaré hasta que nos encontremos solos. Mi misión es seria y demasiado grave.

ALMIRANTE

Bien. *(Á Higgins y Melville.)* Retírense.

MELVILLE

Almirante, permítame que le acompañe durante la entrevista... Esta mujer se ha pasado al enemigo... Temed á una nueva Carlota Corday.

LA ENCUBIERTA *(Á Melville.)*

Podré tener su valor, caballero, pero no empleo sus procedimientos.

ALMIRANTE

Dejadnos, señores. *(Á Juana, que se ha descubierto.)* ¡En el nombre del Padre! ¿Pero eres tú?

JUANA

Sí, no me oculto, yo soy.

ALMIRANTE

¡Juana! ¡Esto es inaudito, insensato!... ¡Habla! ¿De qué superchería te has valido para llegar hasta mí?

JUANA

Todo lo he hecho lealmente.

ALMIRANTE

No; has abusado de tu cualidad para hacerte escoltar por esa chalupa. ¿Qué motivo te trae? ¿Cómo no me avisaste?... ¿Qué quiere decir esto?... ¡Nadie haría semejante cosa!

JUANA

Nadie lo haría, pero yo sí. Ya sabes que no me preocupa lo que hacen los demás. Quería verte.

ALMIRANTE

Pero, desgraciada, ¿no sospechas que puedes comprometerme? Tu extravagancia correrá de boca en boca, el ministro puede indisponerse conmigo; pierdes tu reputación y destruyes mi porvenir.

JUANA

*(Con ternura.)* ¡Jorge! ¡Jorge mío! No me disculpo. La necesidad puede más que yo: debía verte.

ALMIRANTE

Es un desatino sin nombre, abandonar la ambulancia por un capricho de amor. Estás loca.

JUANA

Por ti, sólo fué por ti.

ALMIRANTE

Todo esto va en contra de la sensatez, pero es audaz, nuevo, excéntrico... Desde que te acercaste al sitio en que yo me encontraba, una fuerza irresistible te atrajo hacia la mar. ¿No es esto?

JUANA

Sí.

ALMIRANTE

*(Con malicia.)* Díme, ¿tienes alguna gran noticia que comunicarme, alguna deliciosa esperanza?

JUANA

Más tarde te hablaré de eso.

ALMIRANTE

¡Loca querida! Acababa de escribirte á las ambulancias... Mi último pensamiento fué para ti.

JUANA

¿De veras? Gracias. ¿Y el supremo?

ALMIRANTE

¡Para la patria! ¡Tú también, aguilita salvaje, presenciarás la batalla, la grande.

JUANA

¿Está, pues, decidida?

ALMIRANTE

Puede decirse que casi empezada; éste fué el motivo que me hizo reprobar tu audacia.

JUANA

¿Cuándo comienza el combate?

ALMIRANTE

Dentro de una hora escasa doy la señal á la escuadra.

JUANA

¿Por qué has decidido la batalla?

ALMIRANTE

El ministro me concedió libertad de acción, y he concebido un plan de ataque cuyo resultado decidirá tal vez el éxito de la guerra.

JUANA

¿Le has concebido tú?... ¿Cuál es?

ALMIRANTE

¡Presumes de entendida! Es muy sencillo: bombardeo la ciudad de improviso al amanecer; una hora después, aprovechando la confusión del enemigo, Burnett la toma por el lado opuesto. ¡Será un hermoso conjunto! ¡Sólo me faltaba el entusiasmo, y helo aquí; tú tomarás parte en el combate!

JUANA

Según eso, ¿qué honor es el que me reservas?

ALMIRANTE

Puesto que te encuentras aquí, sueña con volver á los hermosos tiempos legendarios. Verás la batalla, la verás desde el puente, á mi lado; nos comunicaremos por primera vez en el fuego; será loco, pero será bello; la victoria está á bordo. *(Desplegando una bandera de seda roja y azul.)* Mira, una bandera de honor que han bordado las esposas de mis oficiales. La bautizaremos hoy.

JUANA

¿Por qué ha de haber rojo en todas las banderas del mundo? *(Llaman.)*

ALMIRANTE

¡Adelante! (*Entra Melville.*)

MELVILLE

Esas gentes se niegan á volver sin esta mujer.

ALMIRANTE

¿Cómo?

MELVILLE

¿No sabe usted por quién está tripulada esa barca?

ALMIRANTE

(*Después de vacilar un momento.*) Sí, déjeme. (*Sale Melville.*) No he querido decir nada delante de ese hombre, pero por Dios, Juana, ¿qué quiere decir esto?

JUANA

Ignoras las circunstancias de este viaje; no vengo del departamento de la costa, no conoces mis intenciones; no he venido para ser tu compañera de lucha y mucho menos para dirigir el combate. Vengo para protestar contra la guerra y para salvar á nuestro país de una victoria.

ALMIRANTE

Vienes, por lo tanto, de Magor. Aquella noticia no era una calumnia: ¡mi mujer se ha pasado al enemigo!

JUANA

Me he pasado á la humanidad.

ALMIRANTE

¡Miserable!

JUANA

Yo he sido quien ha propuesto el envío de una ambulancia á Magor. Lo que vuestras balas han roto yo lo he curado, he recogido las gotas de sangre como si fueran joyas de alto precio; desde que conocí al oprimido, le amo. Y desde que he sabido tu llegada no descansé hasta que vine á pedirte justicia.

ALMIRANTE

¿Vienes, pues, de parte del enemigo?

JUANA

No; vengo en nombre de la parte vencida de nuestro pueblo, pero de la parte mejor, de esa minoría que conserva la conciencia de la raza en medio de la locura de esta guerra.

ALMIRANTE

¡Ah! ¡Nos has perdido! Luego esa propaganda vergonzosa... Higgins decía la verdad.

JUANA

Por primera vez en su vida. (*Saca del bolsillo un impreso.*)

ALMIRANTE

Juana, la responsabilidad de mi puesto guarda en este momento mi vida.

JUANA

Consérvala, sí, conserva tu vida, Jorge mío; una gran revolución comienza; he aquí la lista de los adictos á nuestra causa, procedentes de todas las clases del país. Los miembros del Comité central han firmado esta petición y ellos mismos me la han transmitido.

ALMIRANTE

¡Calla! ¡Déjame! ¡Estás loca!

JUANA

Lee y después me juzgarás.

ALMIRANTE

¿Qué es lo que pretendes?

JUANA

Solicitar la adhesión de los hombres probos y de influencia—tú estás entre ellos—á fin de evitar al país una guerra tan infame.

ALMIRANTE

Pero os habéis insurreccionado contra la patria.

JUANA

La justicia no tiene patria.

ALMIRANTE

Yo tengo una y, por lo tanto, no es al almirante Mansfield al que debes dirigirte.

JUANA

¿Qué importa, si yo me he ofrecido á traerte sus peticiones, á quitarte la venda de los ojos? Sí, á ti se dirigen, al hombre de conciencia irreprochable, que va, bajo pretexto del deber, á hundirse en el crimen.

ALMIRANTE

¿Y pretendes hacerme creer que algún hombre ha aceptado esta oferta de locura y felonía, que la ha aceptado de ti, Juana Mansfield, mujer del almirante Mansfield?

JUANA

Sí, en mí confían, en mí, la última, la más débil de las mujeres, pero que sienten en su alma toda la hermosura de la paz.

ALMIRANTE

Fueran los que fuesen mis sentimientos particulares respecto á la guerra, aquí soy el almirante Mansfield, y no tengo más que un deber: mi consigna.

JUANA

¿Quién te dió esa consigna? Un gobierno farsante. Estás ofuscado por él. Ignoras la nueva actitud de los espíritus; la reacción de la opinión popular.

ALMIRANTE

No tengo que ocuparme de las vicisitudes políticas.

JUANA

Pero sufrirás sus consecuencias. Cuando nuestro partido de la paz haya conquistado el poder, encontrarás condenada una guerra que todo el mundo maldecirá.

ALMIRANTE

No reconozco más que las últimas instrucciones que he recibido.

JUANA

Esas gentes jugarán hasta el último momento como banquero arruinado. ¿Qué les importa, si el país pagará su ruina?

ALMIRANTE

Suponiendo que se produjera, no sería yo el responsable de ella; no soy más que un instrumento.

JUANA

¡Oh, qué excusas! Si vences, bien sabrás vanagloriarte de tu táctica. Es comodísimo tener una doble existencia. Si se alcanza la gloria, por mí fué; si hay responsabilidades y tu conciencia te grita, no soy más que un autómata, le dices. ¡Á lo que queda reducido el rey de la creación! ¡Á un instrumento! Tienes razón, no eres más que un instrumento de crimen en sus manos. Especulan tu pasividad, confían en tu victoria para afirmarse en el poder. Su situación es apurada. Su mismo despacho lo dice: «Queremos acción inmediata». (*Saca unos impresos.*) Lee, lee las noticias verídicas, los periódicos sensatos: lee al menos el epígrafe de este artículo: «Terminaremos la guerra si el almirante Mansfield no ataca...»

ALMIRANTE

Déjame; todos los periódicos están impresos con la misma tinta.

JUANA

Entonces lee esta instancia; no son periodistas, sino los primeros hombres de tu patria, los que la han firmado. (*Mientras él lee.*) Verás que no estoy alucinada... La buena fe del país ha sido engañada por rancias palabras patrióticas, insidiosamente lanzadas. La venganza de nuestra bandera ultrajada por la multitud, que ellos alegan, no es más que un pretexto; esta guerra, como todas, no es más que una especulación: es la conquista del oro por la sangre. Napoleones de industria, van á hacer de los hijos del pueblo y de los jefes de ejército, de ti mismo, de ti, el cristiano y el justo, una máquina infernal.

ALMIRANTE

¿Ha firmado Hartford?

JUANA

Nuestro primer jurisconsulto Hartford ha firmado.

ALMIRANTE

¿Shorvank ha firmado? Éste no es hostil al Gobierno.

JUANA

En donde se quiere la paz del país no existen partidos políticos.

ALMIRANTE

¡Cómo! ¿El veterano Norban también?

JUANA

Sí, también nuestro patriarca. Ése ha firmado el primero. Una comisión subió á su casa (ya sabes que está paralítico) y, al escribir su nombre con su cérea mano, parecía como si el pasado de nuestra raza, al borde de su tumba, se dirigiese hacia nosotros para suplicarnos que fuésemos justos.

ALMIRANTE

Juana, me es imposible oir tus razones.

JUANA

Estás alucinado por la victoria futura. Tu patria vencerá: es la agresora, la fuerte...

ALMIRANTE

La guerra está declarada.

JUANA

Pero aún no ha comenzado.

ALMIRANTE

Nuestros cañones no esperan más que la aurora.

JUANA

Una palabra tuya, y no dispararán.

ALMIRANTE

¿Para qué has venido? Sin convencerme, me has traído un escrúpulo y me dejas un remordimiento.

JUANA

He venido para traerte la angustia; pero, si quieres, te dejaré la alegría.

ALMIRANTE

No, la esperanza de un alma infantil, de tu alma heroica, esa esperanza, querida mía, es vana, quimérica.

JUANA

En esa esperanza de un gran día para la humanidad está fundado nuestro amor; si no, habrá un velo de sangre entre nosotros.

ALMIRANTE

¡Juana! ¡Juana mía! Me haces sufrir cruelmente. *(Pausa. Mira el cronómetro.)* ¡Media hora escasa!

JUANA

Sí; una media hora para salvarlo todo. Envía un despacho á Burnett. Acuérdate, me decías al darme tus primeros besos que adivinabas en mis ojos sueños futuros que se realizan hoy.

ALMIRANTE

No puedo más. Tus manos benditas me desgarran.

JUANA

No te ruego por nosotros, ni por nuestro amor, que es egoísta, ni siquiera invoco por la patria insensata... pero

en nombre de la humanidad, en nombre de sus esfuerzos, de todos sus sacrificios... por ti mismo, á tu conciencia personal es á la que suplico.

ALMIRANTE

No tengo ¡ay! más que una conciencia en este momento.

JUANA

¡Que no! ¿De las profundidades de tu alma no sale una voz? Pon de acuerdo tu conciencia con la del mundo que despierta; oye ese gran suspiro que va de las almas á la paz, esta lamentación de la raza humana batida, que gime con más violencia en mi corazón que los vientos de esos mares sobre mi cabeza. Y si los testimonios presentes de esta angustia no te bastan, ni aun saliendo de mis labios, yo, venerada por ti en tu pasión, yo, que recibo á mis pies el homenaje de todo tu ser, me humillo para pedírtelo. (*Se arrodilla.*)

ALMIRANTE

¡Levántate, Juana, levántate! Eres un angel del cielo que viene á tentar al hombre.

JUANA

Déjame, déjame. Te conjuro por última vez; piensa que los gemidos monstruosos van á multiplicarse, que pronto habrá un repugnante montón de heridos en el puente, que personas que jamás se vieron van á destruirse con odio; esta visión roja, fascinante, va á desplegarse ante las almas de los ausentes, que todo eso que aún pudiera remediarse sucederá á la faz del cielo y profanará la vida con su horror... ¡Jorge, Jorge! ¡En nombre de los hijos, de los hermanos, en nombre de las madres y de las esposas, como yo, que van á maldecir tu obra, en nombre de la aterrada juventud que va á maldecir la vida al morir, en nombre de Dios, en nombre de la humanidad, sí, Jorge, en nombre de la humanidad!

ALMIRANTE

Parece que estoy rindiendo cuenta de mis actos ante Dios. (*Llaman. Va á abrir el Almirante.*)

MELVILLE (*desde el umbral de la puerta*).

Perdón, Almirante. El comandante del *Lacxen* pregunta si debe dirigir los tiros á capricho ó con el resto de la escuadra.

ALMIRANTE

No sé. Espere usted... Diga que el ataque se retarde media hora. (*Sale Melville.*)

JUANA

¡Media hora no, Jorge! Un día, una semana, y la paz que va á sucumbir en esas aguas se erguirá triunfante.

ALMIRANTE

(*Hablando consigo mismo.*) ¿Mandar una contraorden á Burnett?... Pero no, no puedo consentirlo... Estás exaltada, hija mía; á mí mismo me han hecho dudar por un momento esos papeles engañosos... Pero reflexiona, piensa dónde estamos y lo que soy; suspender el ataque de Burnett es imposible.

JUANA

Son muy firmes mis creencias para retroceder; hay algo mortal entre nosotros; te quiero piadoso, no cruel. No sabes aún lo que me queda por decirte. Toda tu vida pública es un error; el universo entero está inclinado bajo la ley del

crimen; pero precisa un esfuerzo colosal para conquistarte; para reconciliar el mundo contigo no basta con una prórroga de media hora que acabas de concederme; pretendo algo imposible; lo realizable imposible.

ALMIRANTE

¿Qué quieres de mí, Juana?

JUANA

Renuncia á tu carrera, rehusa todo combate, iza la bandera blanca en tus vergas y entrega tu espada aún limpia de sangre en las manos de tu pueblo. (*Tira el pabellón de honor y el Almirante lanza un grito.*)

ALMIRANTE

Esto es la traición y mi deshonra.

JUANA

Confundes la honra con el honor. Al acabar esta guerra serás reputado como hombre de honor por aquellos que ni eso tienen; pero no presumas de honradez, porque eso sería una audaz calumnia.

ALMIRANTE

¿Y por qué he de ser yo el que inicie la traición? ¿Están conformes con esas ideas Burnett y los demás jefes?

JUANA

Á ti, el hombre de iniciativa propia, poco debe importarte la opinión de los demás. Alguno ha de ser el primero. Tú te disculpas con el compañero y el compañero contigo; os parecéis á esos niños miedosos que no pueden caminar solos.

ALMIRANTE

Desengáñate, Juana; tu empresa es insensata.

JUANA

Hasta ahora no me has dado una razón para desengañarme; á mis argumentos contestas con lamentaciones, sin tratar de refutarlos. (*Llaman.*)

ALMIRANTE

Adelante.

MELVILLE

(*Entrando.*) Almirante, la tripulación está dispuesta en el puente para la oración. (*Pausa.*)

ALMIRANTE

Está bien, voy allá. (*Coge la Biblia y sale lentamente.*)

JUANA

(*Deteniendo á Melville.*) ¿Pero váis á rezar?

MELVILLE

Señora, esa es la costumbre á bordo antes del combate. (*Sale.*)

JUANA (*sola*).

Así la abominación es completa... ¡Oh! Pensar que este silencio fúnebre va á estallar en sollozos, en imprecaciones y en blasfemias cuando la muerte se cierna sobre la costa... Y no poder impedirlo ni aun ofreciendo todo mi ser; no poder detener un momento esta aguja (*mira la hora*) que avanza, avanza, avanza hacia el instante de la

catástrofe... Estar en el seno del monstruo y no poder con mis manos ahogar la detonación, arrancar la mecha sacrílega... allí... allí... sin embargo... Sí, todavía puedo algo... puedo mucho todavía... yo misma daré ejemplo... expondré mi vida... Empecemos. (*Se sienta y escribe. Al cabo de un instante Higgins entra sigilosamente en el camarote.*) ¿Quién me espía?

HIGGINS

Nadie, señora; soy yo que vengo á ponerme á sus órdenes.

JUANA

Nada de ofrecimientos; me ofende con ellos.

HIGGINS

Veo que ha leído usted mi periódico.

JUANA

Sí, lo hojeé con las manos enguantadas... Debiérais imprimirlo con tinta roja.

HIGGINS

Es una idea; con la sangre de los heridos, ¿no es cierto?... Puesto que es usted suscritora, tenga la bondad de concederme una entrevista. ¿Á qué debe la escuadra el honor de esta visita?

JUANA

Apunte en su cuadernito: He venido para que Mansfield no cumpliera con su deber, para impedirle combatir, y en honor á la verdad, confesaré que no he sabido conseguirlo... La razón no ha podido convencer á un valiente.

HIGGINS

Entonces estos preparativos de combate no son lo más á propósito para consolaros.

JUANA

No los veré, me voy.

HIGGINS

¿Á dónde?

JUANA

Se excede usted en el reporterismo; me voy al Fort-Blanc.

HIGGINS

¡Admirable! Encierra usted al Almirante en la alternativa de no disparar sobre el Fort-Blanc ó disparar donde está usted.

JUANA

No os apresuréis en vuestras suposiciones, señor corresponsal. Mansfield no sabrá mi dirección.

HIGGINS

Él la verá; la alternativa persiste.

JUANA

Esté usted tranquilo; Jorge es un hombre que sabe cumplir con su deber, y en este caso no dejará de hacerlo.

HIGGINS

Jorge es un soñador anticuado, excesivamente paternal con el enemigo, no es hombre rígido. Nosotros los anglosajones deberíamos llenar el globo. Mire usted los hombres del porvenir. Mire usted este hombrecito... Catorce años justos, un trompeta, y ya ha matado el otro dia en una acción á cuatro hombres. (*Señalando el grabado de un periódico.*)

JUANA

(*Con desprecio.*) Me da usted asco. (*Con ira.*) ¡Es usted un miserable! ¡Fuera de aquí! (*Higgins se esquiva. Juana termina de escribir.*)

LA VOZ DEL ALMIRANTE (*recitando unos versículos de la Biblia*).

«Perseguido he mis enemigos y alcancélos, y no volví hasta acabarlos.»

«Pues me ceñiste de fortaleza para la pelea, has agobiado mis enemigos debajo de mí.»

VOCES DE LA TRIPULACIÓN

«... has agobiado mis enemigos debajo de mí.»

VOZ DEL ALMIRANTE

«Y molílos como polvo delante del viento. Esparcílos como lodo de las calles.»

VOCES DE LA TRIPULACIÓN

«... Esparcílos como lodo de las calles.»

JUANA

(*Apagando con sus voces la del Almirante, que prosigue la lectura.*) ¡Blasfemo! ¡blasfemo! ¡Amaos los unos á los otros!

ALMIRANTE

*(En el umbral de la puerta.)* ¡Melville! ¡Todo el mundo á su puesto para el combate!

JUANA

*(Arrancándole la Biblia.)* ¡Dame esta Biblia!

ALMIRANTE

¿Qué haces, estás loca?

JUANA

*(Desgarrando el libro y tirando la mitad á los pies del Almirante.)* ¡Para vosotros el Evangelio de Sangre, para mí el libro de Cristo! Era tu prisionero á bordo y yo me lo llevo, ¡lo rescato!

ALMIRANTE

No saldrás.

JUANA

*(Gritando y llamando á Melville.)* ¡Señor Melville! ¡Exija usted Al almirante el cumplimiento de su palabra! (*Pausa.*)

ALMIRANTE

No hay necesidad, señora. !Lo que prometo lo cumplo! ¡Pero te ruego, te suplico que te quedes, Juana!

JUANA

Mi deber absoluto se opone. ¡Haz el tuyo, que yo cumpliré el mío!

ALMIRANTE

¿Pero vas á exponer tu vida, que es la mía? ¡Quizás más de una vida!...

JUANA

No, amigo mío, nuestras voluntades son como dos flechas iguales, pero con dirección contraria.

ALMIRANTE

Entonces dirigirás la proa de tu nave hacia la derecha. Allí no llegarán nuestras balas, ¿has comprendido? Ocuparemos á Magor por mañana. ¡Hasta la vista! (*Pausa.*)

JUANA

¡Adiós! (*Se envuelve en su manto y sale.*)

ALMIRANTE (*solo*).

Una carta. (*Leyendo.*) «Á Jorge.» «Por si corro peligro.» (*Rompe el sobre febrilmente.*) «Amigo: Tu Juana te guarda su amor, pero sufre la peor de las torturas, el no poder, aunque te quiere, adorar en ti el ideal. Acaso algún día se abran tus ojos á la santidad de mi causa, acaso los hom-

bres, más tarde, den la razón á la solitaria de hoy. (*El Almirante se estremece; después sigue.*) Nuestra gran esperanza se ha realizado. Quería ahorrarte la última angustia, no dándote una noticia, pero es preciso: ¡el hijo de nuestras almas confundidas no nacerá jamás, el hijo de la vida ha muerto! Mi pobre amigo, adiós...» (*Ruido de un cañonazo lejano.*)

ALMIRANTE

(*Al portavoz.*) ¿Qué pasa?

HIGGINS

(*Entrando.*) El enemigo nos ha tomado la delantera. Burnett ha sido atacado. Ahí tienes tu falta.

ALMIRANTE

Vamos entonces á responderle nosotros. (*Al portavoz.*) ¡Recordad que sobre el *Fort-Blanc* deben convergir todos nuestros golpes!

MELVILLE

(*Precipitándose en el camarote y abriendo el tragaluz.*) ¿Sabe el Almirante que ese barco va en línea recta sobre el *Fort-Blanc?*

ALMIRANTE

(*Abalanzándose al tragaluz.*) ¡Desgraciada! ¡Está perdida! (*Nuevos cañonazos.*) (*Nota. Al talento del actor queda encomendada esta escena, en la cual debe mostrar dudas horribles al principio y una decisión heroica al final.*) ¡Melville! ¿Está todo el mundo en su puesto?

MELVILLE

Sí, Almirante. (*Pausa.*)

ALMIRANTE

(*Saliendo á la puerta del camarote y gritando con desesperación.*) ¡Rompan fuego!

UNA VOZ LEJANA

¡Rompan fuego!

OTRA VOZ MÁS LEJANA AÚN

¡Fuego! (*Detonación espantosa.*)

TELÓN

Precio: 2 pesetas.